



Historia del Judío Genuino ("Rareza", en la "Corona de Pervinca")

Erased una vez un pequeño y silencioso sastre judío llamado Pinkas. Vivía en un pueblo de Cracovia, hace unos dos-

cientos años tal vez. En el pueblo vivían también un gran rabino judío y un famoso noble, primo del mismo emperador. Pinkas trabajaba para el noble y era buen sastre: tenía un buen ojo para los pliegues. Si había en el vestido un pliegue siquiera, por pequeño que fuese lo encontraba de inmediato y ya sabía cómo repararlo. Por lo demás sus días transcurrían tranquilos entre su trabajo, su familia y su maestro el rabino, a quien pedía consejo en cualquier cuestión importante.

¿...Y qué pasó entonces, señores? El emperador escribió una vez a su lejano pariente: «Querido primo. Me acabo de enterar que tú tienes a un judío, un judío genuino... No sé si es verdad y difícilmente lo creo, pero si fuese así, tráemelo por favor: quisiera verlo. Nuestra religión nos manda amar a nuestros enemigos ¿pero de dónde sacarlos?... Como ya sabes, aquí en España no queda ni un sólo judío; si pudiera yo ver a uno, si pudiera contemplarlo, entonces podría amarlo y mi alma sería salvada.» Así escribía el emperador, desde la misma España.

Así que el noble polaco le dijo a Pinkas: «Prepárate para el viaje. Mañana por la mañana vamos a España, a ver al emperador». Atemorizado, Pinkas levantó los brazos: «¿Cómo ir? ¡A España! ¡Pero si todo el mundo sabe cómo allí se había atormentado a los judíos! Yo tengo hijos pequeños...» Aunque ya era de noche corrió a ver al rabino. Este, que ya lo sabía todo. Lo miró por encima de los libros y dijo: «Ve. Y lleva contigo tu mortaja.»

Y fueron a España. En la orilla del mar les esperaba una muchedumbre de cristianos y el mismo emperador les saludó: «Oooh. Entonces ¿este es el judío?. Ahora lo he visto. Ahora puedo amarlo. ¡Siento que mi alma está salvada!». Y lo llenaron de regalos: perlas, oro, esmeraldas, diamantes... Reinaba un común entusiasmo. Sin embargo

le asignaron a un guarda armado: ¡todos querían ver al verdadero judío!

Entonces pasó que la noticia de este acontecimiento llegó a Roma, al palacio papal. El papa decidió comprobarlo en persona y se vino a España. «¡Detenéos, cristianos! ¡Este no es ningún judío, es un picaro un y embustero! Y tú, desgraciado - le dijo a Pinkas - ¡por haber arriesgado la salvación de tantas almas cristianas vas a morir en la pira! Te doy la última oportunidad: cerca de aquí hay una montaña muy alta. Si eres capaz de subirla, vas allí y luego nos cuentas lo que has visto - entonces si eres judío y todo está en orden.»

Así que fue Pinkas a subir la montaña, salvaje y empinada, tan solitaria, que no solamente un judío era allí una rareza, sino que un ser humano lo era... Casi le cuesta la vida subirla. Después de muchos días, hambriento y lleno de heridas, llegó por fin a la cumbre. Lo que vio allí fue la sepultura del gran profeta Elías, con una inscripción: él que aquí llegase - decía la inscripción - podría pedirle a Dios lo que quisiese. Mientras Pinkas leía estas palabras, una gran nube negra cubrió el cielo. Pendía sobre la tierra como un enorme y amenazador pliegue. Entonces Pinkas rezó y pidió al Señor que alejase del mundo este pliegue y su amenaza. Y Dios accedió a los rezos del humilde sastre: se disipó el pliegue negro, salió el sol y el mundo se volvió otra vez benévolo y luminoso. Entonces Pinkas bajó de la montaña, ya por un ancho y cómodo camino, y en poco tiempo llegó adónde le estaban esperando el papa, el emperador y su séquito. «Queridos señores - dijo - coged todo aquello que me habéis regalado y a mí devolvédme ahora mismo a mi pueblo y a mi rabino!...»

Nada más llegar corrió a casa del rabino. Aunque era muy de noche éste no dormía. Ya lo sabía todo. Levantó la vista de sus libros y dijo: «¿Por qué no te has esperado más? No sabes, que cuando aparece ese pliegue, entonces es cuando está el Mesías más cerca del mundo?»